

los oficiales y soldados eran licenciados ó abandonaban el cuerpo de que formaban parte. Pero cuando la guerra se perpetuó y se extendió, el gobierno se vió obligado á conservar bastante cerca del lugar de las futuras operaciones, y hasta en país enemigo, regimientos y compañías de efectivos muy reducidos, ó, como diríamos ahora, los cuadros y los depósitos.

Para que la carga fuese menos pesada para las poblaciones, los acantonamientos eran muy vastos: en 1639, el ejército del mariscal de Chatillón tenía como cuarteles de invierno la Picardía, la Normandía, el Maine y el Perche; el del mariscal de La Force, el Orleansais, la Turena, el Anjou, el Poitou, la Saintonge y el Angoumois; el del mariscal de Breze (entre La Force y Chatillón), la Champaña, la Isla de Francia, los Tres Obispados y la Lorena; el del duque de Longueville, la Borgoña, el Berry, el Borbonés, el Nivernés, el Limousin y la Marche; el del cardenal de La Valette, el Delphinado, la Provenza, el Alto Langüedoc, la Auvernia y el Lyonés; y el del príncipe de Condé, la Guiena y el Bajo Langüedoc.

No había en aquel tiempo hospitales militares, el primero de los cuales fué creado en 1639; y cuando un soldado estaba herido ó enfermo se le enviaba al hospital de la ciudad más próxima. Cada compañía tenía un cirujano. Varios religiosos, especialmente jesuitas, acompañaban los regimientos, é instruían y cuidaban á los soldados, siendo á la vez capellanes y enfermeros. En cuanto á los soldados valetudinarios ó inválidos, era costumbre hospedarlos en los conventos; pero estos hermanos legos no siempre observaban una conducta edificante, así es que los monjes se desembarazaban de ellos del mejor modo que podían. Los oficiales inútiles percibían pensiones á las cuales estaban afectos algunos legados hechos al Clero con este objeto y que eran insuficientes. Richelieu formó el proyecto de transformar el castillo de Bicetre en Palacio de los Inválidos y de recaudar para el sostenimiento de esta fundación una suma de cien libras sobre todas las abadías y prioratos que tuvieran más de 2.000 libras de renta; pero esa institución duró poco, por falta de dinero, y los soldados veteranos hubieron de seguir mendigando.

La guerra, al eternizarse, robaba á los campos y á las ciudades millares de hombres á quienes impulsaban á ingresar en el ejército la afición á las aventuras, el desprecio del trabajo manual y á veces también la necesidad de confundirse en una multitud anónima después de la comisión de algún delito. Los ganchos reclutaban á los hombres vigorosos, sin tomar de ellos informes, pues el Estado necesitaba demasiados soldados para mostrarse exigente. Buenas piernas y buena vista eran las primeras virtudes que en el soldado se requerían; la aptitud profesional, limitada á tirar el mosquete y manejar la pica, se adquiría pronto y, por decirlo así, sin lecciones, ya que entonces no había la instrucción científica y metódica de los ejércitos modernos.

La mayoría de los soldados se acostumbraban tan bien á la vida militar, que luego no querían otra; y una vez licenciados, vivían de los restos de las pagas, y cuando el dinero se les acababa, se dedicaban á mendigar ó á robar. Pero en cuanto los oficiales hacían batir el tambor para los reclutamientos, acudían en seguida á alistarse.

La compañía y el regimiento son una familia para los veteranos, cada uno de los cuales lleva un nombre de guerra, llamándose *La Fortune, La Jeunesse, La Pierre, La Violette, La Coupe* (La Fortuna, La Juventud, La Piedra, La Flor, La Violeta, La Copa), denominaciones sobre cuyo significado poético no hay que formarse ilusiones, puesto que apenas se diferencian de los soldadotes harapientos descritos por Brantome y se visten como quieren y muchas veces como pueden. Los príncipes, los grandes y el rey tienen guardias ó compañías de hombres de armas vestidos todos con el mismo traje de ricas telas y con grandes penachos; pero las compañías ordinarias carecen de uniforme; los capitanes las visten, si es necesario, cuando las reclutan y después dejan al Estado ó á la buena suerte en la guerra el cuidado de renovar su vestuario. Al regreso de la campaña, las cuadrillas de soldados lisiados, apenas cubiertos con harapos y vendadas las heridas con trapos asquerosos, parecían pandillas de mendigos que trabajosamente se dirigieran á las fiestas de alguna famosa romería.

Preciso es que la pasión del peligro ó la necesidad de vivir sean muy imperiosas para que el Estado encuentre tantos combatientes voluntarios y tan baratos, pues los hay que se alistan hasta por seis libras. Bien es verdad que los sueldos son elevados: un soldado veterano percibe 12 libras mensuales; un cabo, 20; un sargento, 30; un alférez, 73; un teniente, 100; y un capitán, 300.

Pero aunque el Estado se haya obligado, por ordenanza, á pagar cada nueve días un anticipo, el préstamo, y el resto cada treinta y seis días, después de la revista, las más de las veces ni paga á los soldados ni los mantiene. El intendente Le Tellier, hablando de una compañía del ejército de ocupación del Piemonte, escribe que en seis meses sólo habrá costado un poco de pólvora y un par de zapatos. «Los soldados de Menillet están desnudos y miserables; desde el 18 de marzo (y esto se escribía en 15 de noviembre) no han percibido más que tres libras y doce sueldos.» El pan faltaba á menudo, y las tropas perecían de miseria.

Los soldados desesperados se desbandan; el regimiento de La Rochegiffard, por falta de revista, pierde en veinticuatro horas 800 hombres, y hasta aquellos que cobran desertan. El intendente del ejército de Italia escribía á Richelieu (3 de septiembre de 1630) que para evitar las desertiones sería menester custodiar los pasos del Monte Genevre, del Paso de Suze y del Monte Cenis «y mandar ahorcar, sin formación de causa, á todos los soldados que se retiraran sin permiso, y en cuanto á los capitanes y oficiales, enviarlos á los lugartenientes generales de ejército ó á Su Majestad para ser castigados conforme á las ordenanzas.»

Los jefes y los soldados se indemnizaban como podían de la impotencia ó de la desidia del gobierno. Con frecuencia los capitanes se quedaban con las pagas de su compañía, pedían más raciones que hombres tenían, partiendo la diferencia con el proveedor, y no daban cuenta de los desaparecidos, ni de los desertores ni de los muertos, haciéndose pagar la soldada según estados falsos. El día de la revista alistaban soldados de circunstancias ó los pedían prestados á otras compañías, procedimiento que se denomina de los «pasavolantes.»



Los generales y los coroneles hacían tratos con las poblaciones y les vendían la dispensa de alojar tropas; y cuando estaban en país enemigo, rebajaban, mediante un estipendio, las contribuciones de los habitantes. Navailles, maestre de campo (coronel) de un regimiento de infantería, refiere como la cosa más natural del mundo que, habiendo sido enviado á invernar en el Piamonte, «país abandonado á las tropas,» habría podido estipular un tratado muy ventajoso, pero se contentó con «arreglar las cosas de un modo que su regimiento pudiera subsistir allí.» Este hombre desinteresado no encontraba, sin embargo, censurable que se procediese de otra manera.

Los soldados saquean y Richelieu no ve otro medio de defender la tierra baja que encerrar, durante el invierno, á los militares en lugares cerrados, pues de lo contrario recorren los campos, merodean, maltratan y roban á sus huéspedes. En una aldea del Este, en donde están acantonados, reducen á la miseria á cincuenta de las ochenta familias que en ella habitaban, y no quedan en la población «diez vecinos que duerman entre sábanas.» Cuando se aproximan á algún pueblo, los habitantes huyen, porque saben que son violentos, pendencieros y sueltos de manos.

«¿Qué desgracia, declaran los Estados de Normandía, haber armado algunas (compañías) que casi no han esgrimido la espada más que contra los que las pusieron en sus manos; que tal compañía de caballería ligera haya pasado meses entre nosotros viviendo á discreción, maltratando á sus huéspedes, robando, asolando, devastando la comarca, asesinando impunemente á la vista de la justicia, en presencia de los magistrados; que otras hayan instalado sus caballos en las granjas, desfondado toneles, incendiado casas y tratado á los huéspedes como croatas, no habiéndose alistado más que para vivir en la disipación después de haberse hartado de la sangre del pueblo, sin haber casi visto ni sabido dónde estaba el enemigo más que por las lecturas de las gacetas!»

En Guiena, dice un relato oficial, «la sangre corre como agua por la tierra. Tres ó cuatro individuos, por una apuesta de menos de quince sueldos, y una vez por cinco sueldos, han disparado y matado á sangre fría con arcabuces á algunos hombres como habrían hecho con pájaros posados en los árboles.» Si así tratan á sus compatriotas, ¿cómo se portarán en el Piamonte, en la Alsacia, en la Lorena, en los Países Bajos?

Había un centenar de regimientos de infantería de efectivos muy desiguales, desde el de los guardias, que fué aumentado hasta 6.000 hombres, á los nuevos regimientos de 700, 800 y 1.000. También varían mucho el número y el efectivo de las compañías: cada una de éstas está mandada por un capitán, un teniente, un alférez y dos sargentos, cuenta con un pífano y un tambor y tiene un furriel encargado de los alojamientos. El maestre de campo es el jefe de todas las compañías de un regimiento, y el capitán lo es de una de estas compañías (1). El coronel general de la infantería francesa tiene en todos los regimientos mantenidos, pero sólo en éstos, una compañía suya, la compañía coronela.

(1) La palabra coronel se empleaba entonces principalmente en las tropas extranjeras.

Los regimientos no mantenidos llevan el nombre de su maestre de campo, Riberac, Castel-Bayard, Du Plessis-Juigné, etc., y naturalmente cambian de nombre cuando cambian de jefe. Los maestros de campo y los capitanes pueden, mientras los regimientos y las compañías no son reformados, es decir, suprimidos, disponer de ellos dándolos ó vendiéndolos. El Código Michaud había prohibido la venalidad de los cargos militares prometiendo «el sustento ú otra recompensa» á los oficiales que se inutilizaran para el servicio; pero la costumbre pudo más que la ley y únicamente el rey se reservó el derecho de autorizar la venta y de rechazar á los compradores que le pareciesen poco dignos del mando. El precio de los cargos variaba según los regimientos y los tiempos: en los regimientos de reciente formación y que por consiguiente no tenían el porvenir asegurado, eran bajos los precios, que disminuían también á la menor amenaza de paz; en cambio, eran elevados en los regimientos mantenidos ó permanentes. Una compañía de Piamonte, Navarra ó Champagne valía de 12.000 á 15.000 libras; el regimiento de los guardias franceses valía 200.000.

El arcabuz, arma muy pesada que se disparaba apoyándolo en una horquilla, había sido reemplazado por el mosquete, más portátil y que se manejaba apoyándolo en el hombro. Con los mosqueteros estaban mezclados algunos piqueros, en proporciones variables. Entonces no se había pensado aún en adaptar el arma blanca al extremo del cañón para hacer de éste un arma ofensiva y defensiva á la vez. La fuerza de penetración de las armas de fuego había hecho que la infantería renunciara á cubrirse con armaduras de hierro.

En la caballería, únicamente los gendarmes de ordenanza van armados pesadamente y conservan el casco y la coraza; pero han abandonado la lanza de ordenanza y no tienen más auxiliar que un escudero. La caballería ligera, que no era lo que es en la actualidad, llevaba mosquete, pistola y sable. Los carabineros, verdaderos batidores, desaparecen. Los mosqueteros montados ó dragones, de creación reciente, combatían á pie y á caballo. Richelieu reclutó en Auvernia y en otras partes una caballería á la que llamó «húngara» (mientras se buscaba un nombre más idóneo.)

La artillería se empleaba principalmente en los sitios, y el número de cañones era considerable, con relación al efectivo de hombres; pero eran piezas de fuerza y calibre muy escasos que disparaban balas de 4 á 6 libras. Un ingeniero inglés al servicio de Francia empleó por vez primera los obuses en el sitio de La Mothe, en Lorena (1634). A los artilleros, en su mayoría alemanes y liejenses, se les consideraba más como obreros que como combatientes; pero Luis XIII autorizó á los oficiales de artillería para titularse como los de infantería y caballería. Richelieu estableció en el Havre, en su gobierno, una fundición de cañones; en todas partes los compraba, y de Sully adquirió el cargo de gran maestre que cedió á su primo La Meilleraye. Y era tanto lo que gastaba en artillería, que el superintendente Bullión incluía á éste entre los tres grandes abismos que se tragaban la hacienda.

En el sitio de las plazas, el sitiador cuenta más con el hambre que con los cañones ó con un ataque á viva fuerza. Los generales de la época, educados en la escue-

la de los holandeses, son maestros en el arte de encerrar las plazas en líneas de circunvalación; echan mano, para la ejecución de los trabajos, de los aldeanos de las inmediaciones y, en caso necesario, de los soldados, y remueven una gran masa de tierra. Los ingenieros se dedican á llevar al sitiador, al abrigo de las trincheras, hasta los glaciés de la plaza; pero no han inventado todavía el máximo de protección que ofrece el sistema de las (trincheras) paralelas unidas por medio de caminos. Estos ingenieros, de los cuales unos son franceses, como el caballero de Ville, De Argencourt, Du Plessis y Besanzón, y otros extranjeros, como Pompeyo Targón y el conde de Pagán, no forman un cuerpo especial y no tienen más grado que el que pueden tener en otras armas.

Los ejércitos sólo contaban algunos millares de combatientes, y, sin embargo, eran muy numerosos, porque á ellos iban agregados cantineras, proveedores, criados y mujeres, legítimas ó no, con sus hijos. Simples soldados tenían un criado ó un escudero que les llevaba las armas; cada jinete podía tener dos caballos, uno para él y otro para su equipaje, pero tenían algunos más; y los generales y grandes señores hacían la campaña con sus gentileshombres, sus bagajes y sus cocineros y se procuraban, mediante requisas, acémilas, conductores y carretas, de modo que cuando llegaba el oficial del rey, el capitán del acarreo, no encontraba ni hombres ni vehículos para completar su personal de carreteros y sus medios de transporte.

La atención que al acarreo dedica Richelieu en su Testamento político, demuestra que todo estaba aún por hacer. Deseaba el cardenal que cada regimiento de mil hombres tuviera quince carros que condujeran siempre raciones de pan para quince días, y que estuviera provisto de molinos y de hornos para servirse de ellos en caso necesario; que el general del ejército emplease, según las condiciones de los países, carros, menos expuestos á volcar, ó carretas, que «giran más fácilmente en los sitios estrechos.» Recomendaba que se transportase el pan no en cajones, que pesan y estorban mucho, sino en «carretas con mimbres en los costados y cubiertas con grandes encerados,» como las que se usaban en los ejércitos imperiales. Sublet des Noyers propuso que se nombrara un segundo capitán del acarreo, y que hubiera carreteros supernumerarios, guarnicioneros, constructores de carros y albéitares. Esta es la primera idea del tren de bagajes.

Richelieu es un prodigio de actividad. Delante de la Rochela ó cuando su primera campaña de Italia, escribe á todo el mundo, apremia, excita, censura, y durante las noches de insomnio no cesa de enviar notas, billetes y cartas. Abarca el conjunto y los detalles de una operación; sabe «qué cantidades de granos, carnes saladas, manteca, paños, lienzo, ungüentos y medicamentos» son necesarios en una plaza, y las cuerdas, aparejos y áncoras de que ha menester un barco. Pero así como saca gran partido de los recursos existentes, en cambio le falta tiempo para inventar otros; porque posee en grado eminente esa cualidad francesa de remediar los defectos del estado de cosas existente mediante el esfuerzo apasionado de la inteligencia y de la voluntad; mas una vez pasado el peligro, tiene en realidad demasiadas cosas de que ocuparse para pensar en una reforma y en una organización.

Cree más en los hombres que en las instituciones y envía á los ejércitos, con el carácter de intendentes, á relatores del Consejo y á consejeros de Estado, personas «cuyas vigilancia, fidelidad y capacidad» eran bien probadas. Los jefes militares mandarán las tropas; los intendentes las mantendrán y pagarán, ó más bien vigilarán, fiscalizarán y depurarán todos los servicios.

Los términos de su nombramiento les autorizan para intervenir en todos los asuntos de administración y hasta para inmiscuirse en el mando; han de figurar en los consejos de guerra, «conocer de todos los crímenes, delitos, abusos y malversaciones que se cometan» en el ejército, «vigilar la dirección, manejo y distribución del dinero del rey, ordenar los estados de pago formados por el general en jefe, inspeccionar las operaciones de los tesoreros, y hacerse presentar «los extractos de las muestras y revistas» para conocer el verdadero efectivo de las compañías. Vigilan á los contadores y á los proveedores, construyen puentes y fortificaciones y distribuyen víveres, vestidos y mantas á las tropas.

Son los administradores del ejército y son también sus jueces, puesto que entienden, con preferencia á los prebostes de las compañías, á los prebostes de los mariscales y á los jueces ordinarios, en los crímenes y delitos cometidos por las gentes de guerra «fuera de sus estandartes y banderas y fuera de los servicios militares, como también en el cuartel del general, cuando nuestras dichas gentes de guerra marchan ó residen en cuerpo de ejército,» limitación muy vaga que les permite invadir las jurisdicciones competidoras. El gobierno no los encontraba nunca bastante atrevidos: en cierta ocasión en que varios oficiales se habían apoderado de los fondos destinados á reclutar hombres, Le Tellier pidió autorización para castigarlos, recibiendo como respuesta una reprensión: «Al rey le ha parecido muy mal que no hayáis mandado prender á esos oficiales... Su Majestad os ha censurado vivamente porque habiendo tenido noticia del mal no habéis mandado hacer un castigo ejemplar.»

Los intendentes habían de atender á todo y á todos: «Por lo que toca á las ocasiones que se presenten referentes á los asuntos de Estado, decía el superintendente de hacienda Bullión á Le Tellier, tratará particularmente de ellas con el señor conde de Harcourt.» Lasnier, intendente del ejército de la Valtelina, estaba seguro de que contrariando á Rohán daría gusto á un ministro que colocaba al lado de los generales «á ciertos personajes de toga como espías y observadores de sus actos.»

Richelieu temía dejar un ejército á la disposición de un solo hombre: así el mariscal de La Force, el bueno de La Force, tiene por compañero al mariscal de Breze, cuñado del cardenal; el ejército de Italia está mandado por tres mariscales de Francia, De Effiat, Marillac y Schomberg; los Países Bajos son invadidos en 1635 por el mariscal de Chatillon, acompañado de Breze; tres cuerpos de ejército mandados por el cardenal de La Valette, el duque de Candale y La Meilleraye, colaboran en el sitio de Hesdin; tres mariscales de Francia, Chatillon, Chaunes y La Meilleraye, sitian Arrás; y el cardenal de Sourdis es jefe de los Consejos del rey en el ejército naval, al lado del señor de Harcourt que es el comandante en jefe del mismo. Fácil es suponer los